

ALEJANDRO ROSSI

LA ESTATUA DE CAMARGO

A VICTORIA CAMPS

“¿LA HISTORIA DE SU PRIMO? ¿El Mártir de la democracia, la víctima de la Secta bochornosa? ¿Usted quiere que yo se la cuente, Don Fernando? Le aseguro que es muy breve. Con el tiempo se ha ido reduciendo. Hay historias así, que pierden peso en el camino. Al principio parecen muy frondosas, llenas de detalles significativos, cómo caminaba el hombre, las palabras que dijo aquel día y nos rompemos la cabeza para precisar si había fatalidad en el tono o una nerviosa premonición. No es que los olvidemos, es que se nos quedan ahí, como desconectados. Yo, por ejemplo, no sabría qué importancia darle ahora a un hecho que entonces me llamaba mucho la atención: que su primo usara siempre saco cuando la guayabera es entre nosotros casi un uniforme. A lo mejor expresaba algún recoveco de su alma, un ideal heredado, una característica más o menos esencial. A lo mejor. Y, sin embargo, al pensar en su vida, me parece que es una trivialidad mencionarla.” “Los Libros de Texto, Don Leandro, apenas lo describen y jamás reproducen una fotografía suya. La verdad es que sólo le dedican unas cuantas frases de exaltación abstracta.” “Yo los leo poco, aunque entiendo que el Colegio de Historiadores es una de las instituciones más cuidadas por nuestro gobierno. Entrar allí es un privilegio y un alto honor. La tarea de ellos, Don Fernando, es inventar la Patria, darle forma, jerarquizar el endiablado remolino de los acontecimientos, ordenar las innumerables opiniones que recorren, como pájaros extraviados, estas interminables regiones. Los escritos oficiales nos proponen una versión canónica en la esperanza, creo yo, de que la realidad al fin entre en razón y se ajuste a ella. Respeto esos esfuerzos. Yo, por el contrario, soy un viejo parlanchín. Mis palabras son, más bien, como serpentinadas. Charlemos, pues, sin pretensiones, Don Fernando.”

¿Don Leandro un viejo? Tal vez, pero con las energías intactas, una combinación que siempre atemoriza un poco. Hombre grueso y movedizo, con una cortés impositiva e inapelable. Levantó la mano derecha que yo estaba mirando y me dijo con cierta bondad burlona: “Aquí a todos nos falta algo. A mí me rebanaron el índice, que según dicen es el dedo de la curiosidad.” Del bolsillo sacó una campanita de plata cuyo sonido nítido era una orden perentoria. De inmediato entró a la sala olorosa a madera encerada una adolescente descalza con los dedos grandes de los

pies pintados de rojo brillante. Traía una jarra de limonada. Una niña de placer, húmeda y paciente, tan afamadas en esas zonas fluviales. “Los últimos descendientes de aquella meritoria colonia de Chinos. Se mezclaron admirablemente.” —comentó satisfecho Don Leandro. “¿Sabía Usted que su primo era un buen dibujante de la flora local? Un lápiz delicado, más de naturalista que de pintor. Beba, beba la limonada, Don Fernando, en estos climas es imprescindible renovar continuamente los líquidos del cuerpo. Aprecie el aroma de nuestros injertos y prepárese, sin asustarse, a sudar a fondo. Está Usted en su casa.”

“Para mí la historia de Antoñito Camargo comienza cuando me visitaron los dos Agentes.” “¿Dos Agentes, Don Leandro?” “Sí, así los llamábamos en aquella época. En realidad, Agentes eran todas las personas que venían de la costa, del Puerto, de la Ciudad Grande, a vendernos algo. Desde un reloj de péndulo hasta una biografía de Napoleón. En este caso eran Agentes electorales. Me informaron que el Partido de la Unión buscaba un ciudadano intachable, con un ‘pasado de cristal’, como decían ellos con una expresión de lejanos cuentos infantiles. Los recuerdo muy educados, preocupados, muy elaborados en la manera de hablar. Con ganas de convencer, de aclarar, de no escamotear los temas centrales. Estaban como asombrados de que al cabo de quince días de viaje la Patria fuera todavía un mar inacabable. Como si tuvieran miedo de que en realidad no existiera o de que en esa inmensidad fuera una idea simplemente ridícula. Pensarían lo que yo he pensado tantas veces: que la política es asunto de la Ciudad. Se iniciaba, me explicaron, la etapa de la ‘representación’: cada región tendría una voz en el Consejo Nacional que se reuniría en la Ciudad Grande del Puerto. El primer paso hacia una futura democracia, después de la llamada ‘Guerra Infame’. Usted era un niño, Don Fernando, pero tal vez se acuerde de aquella confusión irredimible. Ahora, decían ellos, había llegado el momento de transformar a la Patria en una Nación. Los oí con mucha atención, yo que soy un hombre de regiones. Le di vueltas a esa frase bonita e imaginé a nuestros capitanes y civiles del Puerto soñando excitados frente a un mapa incompleto de la Patria. Los mapas despiertan las fantasías, la obsesión de las fronteras, y crean la ilusión de tener al mundo en un puño. Luego hablaron de la ‘Secta bochornosa’, la insidiosa, la enemiga de la unión. La describieron como una

organización de las Montañas, estimulada por militares derrotados, los 'milicos de la traición', curas evangelistas aburridos de tiritar de frío en esas iglesias de piedra helada, propietarios de minas muertas, maestrillos exaltados. Me parecía oír una historia conocida, porque es verdad, Don Fernando, que esos pueblos altos producen unas almas intensas e irritadas, almas de destinos bruscos y decisiones inmediatas. La secta avanzaba hacia el sur, mezclada ya con adolecentes, seminaristas, campesinos errabundos, tropa dispersa, arpistas famosos. Todavía no han llegado a la región, me advirtieron, pero vendrán pronto. Tengan cuidado, llegarán con música, hombres barbudos, cantarines, comuneros irredentos. Y detrás de ellos, blanda carne de sacrificio, aparecerán los milicos de la traición. ¿Qué dicen los Libros de Texto sobre la Secta?" "Los nuevos historiadores son benignos. Le restan significación política y la tratan como una antigua enfermedad pintoresca. Hay un tono impaciente, como si tuvieran que desviarse para describir un carnaval local. Sospecho que en las próximas ediciones eliminarán ese episodio." "Es muy probable, en efecto es una nube perdida, agua diseminada. Importante, sin embargo, para la vida de Antoñito Camargo. El Partido de la Unión, le decía, necesitaba un hombre convencido de la nueva legalidad, alguien que no enloqueciera con los cantos, los sermones y las muchachas arrebatadas de la Secta bochornosa. Ese sería nuestro primer diputado. Creí que me lo propondrían, pero algo mío no los convenció. Tal vez se dieron cuenta de que yo era un sedentario no tan cristalino."

"¿Cómo era Antoñito Camargo? Tenía unos ojos celestes, algo blandos, mirada desapegada, como si no fuera dueño de nada. Claro, era muy joven. Ojos de pasajero, de muchacho que ha viajado solo por nuestros laberintos fluviales. Soy incapaz, Don Fernando, de deducir el carácter de la estampa que guarda mi memoria. Recuerdo su pasión botánica, las botas altas inglesas por las que pagaba dinerales, la nariz recta heredada de una abuela extraordinaria, su manera de charlar, como si estuviéramos ya en alguna eternidad. Hablo de su estampa y debo mencionar esa vaga hermosura de los hombres que no han decidido aún su vida. Por familia pertenecía, como Usted ha de saber, a la tradición de los 'pandectistas', aquellos bisabuelos suyos que lucharon, sin ninguna fortuna, por un código unificado de la región. Me parecía, sin embargo, que Antoñito ya no se acordaba de esa historia desbaratada, entre legalista y guerrera. Era los tiempos de las opiniones danzarinas, que entraban en los pueblos como abejas enardecidas. Es posible, por supuesto, que yo mencionara el nombre de su primo, aunque no soy tan arrogante como para creer que decidí su vida. Admito, con pesar, que a veces tenemos la mala suerte de soltar unas palabras somnolientas que, sin quererlo nosotros, alteran el destino de un hombre. ¿Cómo preverlas, Don Fernando, cómo adivinarlas en estas charlas nuestras tan desbordadas? Antoñito Camargo oyó a los Agentes electorales y de inmediato dejó de dibujar la complicada flora de la región. Esa es la modesta verdad. ¿Qué le dijeron?

Quizá lo pescaron en esa edad en la que esperamos señales, indicaciones portentosas sobre nuestro destino. No me consultó nada, sólo me dijo: 'Los del Puerto se acordaron de mí', como si él ya fuera un personaje irremediable en la historia de la Patria. Luego me habló con entusiasmo de la famosa 'etapa de la representación' y calificó a la 'Secta bochornosa' de oposición arcaica, restos de nuestra interminable noche política. Yo casi no discuto, Don Fernando, pero debe haberme pasado por la cabeza la figura de Don Teodoro Camargo, el más severo de los pandectistas, aunque el más aficionado a estas niñas silenciosas y empapadas que habitan las casas de la región. A su primo, el mártir de la democracia, ya lo vi poco. Se lo llevaron y lo dejaron en las manos de Don Anatol, el verdadero representante entre-nosotros del Partido de la Unión. El Turco era, entonces, un personaje considerable. Gran cultivador de flores, versificador fácil, ceremonioso, dueño de una energía escandalosa. Uno de esos hombres para quienes el placer físico es como una obligación sagrada. Mazcan con lentitud la papaya perfecta e hipnotizan a las chiquillas con un meticuloso erotismo ritual. ¿Qué más puedo añadir, Don Fernando? Me parece que el resto es previsible: alto, pelo rizado, ojos verdes y dientes pequeños. Uno de nuestros turcos, pues. Muy celoso de su peso en la Región y a la vez un obediente cordeiro ante los poderes grandes, los del Puerto. Pero no me malentienda. Don Anatol obedecía no por miedo o debilidad, sino por un principio de orden en el que creía profundamente. Tenía necesidad de que hubiese una jeraquía de mando, una fuerza final que eliminara el vértigo del desamparo. El desamparo, Don Fernando, es una enfermedad del alma muy frecuente en estas regiones. Sobreviene sin avisos. Al contemplar, por ejemplo, la brillante lámina inmóvil del río lejano o al beber, a media tarde, el segundo vaso de limonada. O al enfrentarse a la belleza inexplicable de una muchacha. Al instante traigo a los arpistas para que llenen de música o de ruido los corredores de esta casa."

"El turco, me dijeron, recibió a su primo, a Antonio Camargo, con respeto y buen humor, sin interrumpir el largo discurso sobre la nueva etapa legal de la Patria y las calamidades de la Secta bochornosa. Don Anatol le dio una especie de mapa político de la Región, con los nombres de los caseríos y de los jefes fundamentales. Imprimió unos carteles con la fotografía del futuro mártir y le obsequió unas cien banderitas para que dejara, tal vez, un recuerdo del Partido de la Unión. Le puso a su disposición una camioneta con dos ayudantes y entiendo que los consejos fueron mínimos: que no viajara de noche, que tuviera cuidado con los aguardientes del Norte, que no prometiera mucho. Si todo esto le parece poco, Don Fernando, si le parece una realidad mezquina para una idea de tanto vuelo, piense en nuestras insondables llanuras y en que ésta era la primera campaña electoral del Turco. Algunos después creyeron que su primo se convirtió en mártir en el momento preciso en que arrancó la camioneta. Son tonterías: nada empieza tan abruptamente. Yo le cuento lo que sé, sin pretensiones ni

enredos, ya se lo dije. Durante meses recorrí la Región en un viaje que se antojaba inacabable y según un itinerario zigzagueante más parecido a una huida desesperada que al comienzo de una nueva era política. Nuestra geografía, Don Fernando, impone calma, la velocidad se paga con la vejez prematura, con ojeras de carbón y con una curiosa forma de la desolación. 'Mirar las cosas con lentitud' ha sido mi invariable divisa y no puedo quejarme de los resultados. Un día, por supuesto, apareció en esta casa. Me regaló una de las últimas banderitas, se sentó en el corredor sombreado y me dijo: 'Ni rastros de la Secta. Ha desaparecido'. También dijo: 'Me siento como un vendedor de semillas. Que así sean mis palabras'. Yo pensé que comenzaba a parecerse a uno de esos misioneros devorados por sus propias prédicas. Es la cara más fea de la soledad."

"La noticia de la muerte, Don Fernando, nos llegó como a pedazos. Primero supimos que la camioneta había desaparecido. Nos inquietó, claro está, pero sin alarmarnos. Se habría perdido en algún camino de tierra roja o estaría escondido cerca de un río, en una fonda de chinos generosos. Luego encontraron la camioneta con uno de los ayudantes lleno de balas. Días después apareció, ya en muy mal estado, el cadáver de Antoñito Camargo. Un tiro mal dado que le atravesó los cachetes y otro, mortal, en la nuca. Lo habían dejado a unos diez quilómetros, más o menos, de la camioneta, encharcado en un arrozal."

"¿Qué le pasa, Don Leandro, hay algo más o eso es todo?" "La muerte debería ser suficiente para concluir la historia de un personaje. Hay, Don Fernando, una biografía de Antoñito Camargo que allí se cierra. Me parece que es la del naturalista aficionado, la del muchacho callado y a la expectativa. A ese lo mataron definitivamente y apenas unos cuantos viejos nos acordamos de él. Es la muerte accidental y siempre enigmática de los hombres jóvenes. La historia del 'mártir de la democracia', por el contrario, comenzó oficialmente cuando encontraron ese pobre cuerpo abandonado con los ojos llenos de tierra. Usted sabe bien lo que dijeron los jefes allá en el Puerto. Un crimen contra la incipiente democracia de la Patria perpetrado por la Secta bochornosa, la secta musical y demente que se había infiltrado en la Región. Nadie impugnó esa versión, porque aquí, la verdad, los muertos no interesan mucho. Quizá un signo de apatía moral o de un interés grosero y excesivo en la vida. Sí, Antoñito Camargo fue un mártir y, si reflexionamos, hasta pudo haberlo sido de la democracia. A pesar, Don Fernando, de esa aparatosa fantasmagoría política imaginada por la gente de la costa. A pesar, quiero decir, de que nunca viéramos la Secta. A pesar de que Antoñito Camargo muriera porque los del Puerto necesitaban un blanco cadáver inocente que les permitiera acabar con ciertos grupos cerriles y ciegos a la nueva organización de las regiones. Uno juzga desde estos rincones y sólo percibe el mal olor de un cuerpo destrozado, la voz aflautada del Turco, el polvo en los vidrios de la camioneta, el zumbido ensordecedor de las cigarras. Pero es posible, Don Fernando, que haya otra historia en la que estos

hechos aislados y miserables sean el soporte, casi invisible, de una epifanía. Digamos que la Patria es muy lejana. Ya le recalqué que soy un hombre de regiones." "¿Usted cree en la Patria, Don Leandro?" "Por supuesto, aunque no aspiro a comprenderla. Que quede claro. ¿Qué más se dijo? Nada que importe, opiniones de vagos socarrones susurradas en las tabernas de los ríos: que, al fin y al cabo, le habían hecho un favor al engreído de Antoñito Camargo, un abogado que nunca habría sobresalido y que ahora, en cambio, se encontraba en los altares menores de la Patria. Pero todas son ya voces lejanas. Permanecen aquellas frases a punto de caerse de los Libros de Texto, permanece la curiosidad de Usted y mi admiración a sus cuidadosos dibujos."

"Me parece, Don Fernando, que hemos llegado al final. Los pájaros se han escondido en los árboles y, sin embargo, el calor no ha cedido. Lo enterramos al lado de los antiguos pandectistas, sus coléricos bisabuelos, mientras una banda de pueblo — en su mayoría trompetas— tocaba unas tonadas entre fiesteras y arrogantes. Lo cual, si se ha fijado, es mucho más triste que una marcha fúnebre."

"Un año después nos escribieron del Puerto para que mandáramos las medidas exactas de su primo, porque querían hacerle una estatua aprovechando la visita de un itinerante escultor italiano. Se llamaba Perlazzi. Me pregunto si la habrá terminado. ¿Usted la ha visto? ¿No? Bueno, también eso algún día lo sabremos. Bebamos, entonces, si está de acuerdo, un vaso grande de limonada por la vida breve y algo confusa de Antoñito Camargo, que es su primo y es nuestro mártir."

